

Nuevas instrucciones para vivir en México

Por Ana V. Clavel

Publicado el 28 de noviembre 2019 en el sitio Literal Magazine, en la columna de opinión «Síndrome de Scherezade».

Uno se despierta en estos tiempos revueltos y quisiera encontrar un manual de instrucciones para salir a la calle y enfrentar el mundo. En particular, enfrentar el país y la ciudad donde le tocó vivir.

De 1969 a 1976, el escritor Jorge Ibargüengoitia publicó una columna en *Excélsior*, «el periódico de la vida nacional», que luego fue editada y reunida por Guillermo Sheridan en 1990, bajo el título de *Instrucciones para vivir en México*, muy en el estilo de ironía sutil y a la vez demoledora de nuestro autor. En ellos, Ibargüengoitia exploró, con humor incisivo, el absurdo de vivir en un país que tiene varios defectos: «El principal de ellos es el estar poblado por mexicanos, muchos de los cuales son acomplejados, metiches, avorazados, desconsiderados e intolerantes. Ah... y muy habladores». Como señala uno de sus lectores, Guillermo Núñez Jáuregui: «Hay un siniestro juego de dobles en la sátira de Ibargüengoitia: él lo escribe y luego comprobamos que así es. Peor: que así ha sido desde hace cincuenta años».

Recientemente la editorial Gris Tormenta sacó a la luz unas *Nuevas instrucciones para vivir en México*, homenaje y puesta al día de aquellas observaciones críticas y muchas veces satíricas que alentaron los artículos del autor guanajuatense. Veinte autores mexicanos y extranjeros revisitan esa mirada y escudriñan los mismos nuevos defectos. En sus textos, Ibargüengoitia observó los rasgos del mexicano de su momento. ¿Qué dicen estos escritores contemporáneos reunidos en la presente antología sobre nuestra idiosincrasia y costumbres? El resultado son veinte versiones que ensayan alrededor de Jorge Ibargüengoitia y las peculiaridades —muchas veces risibles, casi siempre patéticas— de nuestra vida contemporánea.

Un mosaico de miradas, geografías y anécdotas que, no me cabe duda, habría hecho sonreír, entre pesimista y resignado, al maestro Ibargüengoitia ante un país que al parecer no tiene remedio pero no nos cansamos de morir en él.

—

Algunos ejemplos de por qué esta guía contemporánea podría ayudarle a usted con señales de orientación y perplejidad:

Daniela Tarazona en «La alegría de vivir en México»: «Cuesta creer lo que ocurre aquí. Desde que tengo memoria, cuando algo insólito sucede en México suelo pensar que no puede tener lugar un asunto todavía más estrambótico. Y me equivoco de nuevo. Tenemos la capacidad de transgredir cualquier límite, por eso somos monstruosos».

Ingrid Solana en «Tierra de argüendes»: «El mexicano tiene temperamento para los argüendes. De ahí su inmensa credulidad que proporciona habilidades de invención [...]. Las habladorías saltan de boca en boca. La labia para vender es ilimitada, verbo churrigueresco de beneficios incomprensibles [...]. Ningún escenario se ha convertido en espacio ideal del argüende como las redes sociales. En ellas somos inocentes, frágiles, hiperbólicos y bífidos [...].»

Jorge Comensal en «Monumentos para morir en México»: «Sospecho que México destaca entre las naciones por su riqueza en monumentos feos. Si yo fuera presidente (o por lo menos Secretario de Cultura), nombraría una comisión de expertos para otorgar cada año el Premio al Monumento Más Feo de la Patria y asignaría una partida presupuestal para su estudio y mantenimiento». Arqueología y sociología del monumento. La cabeza de Benito Juárez, lo mismo en San Luis Potosí que en Iztapalapa, de enorme parecido con E. T., el extraterrestre, tan fea que haría falta una «Comisión de Poetas Infrarrealistas» para describirla.

Aura Penélope López en «Las reconciliaciones»: «Hay cosas con las que un chilango debería reconciliarse si pretende conservar un mínimo de cordura [...]. El estado de alerta al cruzar una calle, la basura y los muebles abandonados en las esquinas, las mierdas secas de los perros en los veinte centímetros de áreas verdes alrededor de árboles tullidos, las contingencias ambientales, los temblores, los automóviles que invaden las entradas de los edificios porque son sus entradas y no una banqueta, las bicicletas circulando en la banqueta y el ruido. ¡Ah, el ruido!».

Tedi López Mills en «Cuestión de perspectiva»: «En las calles por las que camino cotidianamente, a cada casa o edificio le corresponde su propia expresión de banqueta: desigual, agrietada, en declive, lisa, protuberante, amplia o estrecha, siempre con su porción ya casi anticuada de basura, la característica bolsa o botella de plástico, la bolita de papel, la caca de perro. El cuerpo debe adaptarse a la complejidad de los tramos; hay que ir mirando hacia abajo antes de que el pie dé su pisada. Yo lo olvido con frecuencia y me tropiezo o se me tuerce un tobillo». Metafísica de las banquetas que le permite a la autora perorar sobre los frustrados esfuerzos de convivencia vecinal, y a corroborar en carne propia un sentido extra para lo patético en la frase: «Nuestro país es chusco, no triste», tal vez porque ya «nada es muy chistoso; quizá porque parece definitivo».

José Manuel Velasco en «Notas para una fenomenología del sobrenombre»: «Los mejores apodosos son una epifanía. Surgen de una iluminación repentina en donde Luis, María y Carlos se muestran en la desnudez más absoluta de su singularidad para volver a nacer con su verdadero nombre». El ingenio insospechado para catafixiar el nombre de Jerónimo por «Jeringas», Cristina Elizabeth en «Pelos de Elote», Menéndez en «Monsergas». En el apodo queda revelada la verdadera identidad, una suerte de síntesis ontológica.

Felipe Restrepo Pombo en «El costo de sobrevivir»: «Vivir en la Ciudad de México tiene un precio alto». Le da la razón a Elena Poniatowska cuando señala: «Es un lugar en el que el carnaval convive con el apocalipsis». Para un extranjero que busca obtener la residencia, todo está diseñado para perderse en trámites sin fin. Como la exigencia de un comprobante de domicilio, para lo cual cita a Villoro: «La constancia de domicilio no prueba nada definitivo, pero se solicita porque en México las molestias son una forma de eficacia [...]. Moriré siendo mexicano, pero al hacer trámites tengo la impresión de que moriré de ser mexicano».

Ana V. Clavel en «Si Ibargüengoitia no hubiera muerto»: Sobre qué hubiera podido escribir nuestro autor de no haber muerto en el avionazo de 1983: el temblor del 85, la caída en el infierno electoral del 88, el saqueo a la nación llamado Fobaproa, la muerte del candidato Colosio, la Suavicrema de Luz en el país de los hambreados. En particular el caso Florence Cassez al que hubiera podido hincarle el diente por su trama de montaje para guion de entretenimiento y que lo hubiera hecho exclamar: «Caracho, no vuelvo a escribir novelas, si ahora se escriben solas...».

Enlace del artículo: <http://literalmagazine.com/nuevas-instrucciones-para-vivir-en-mexico/>

Nuevas instrucciones para vivir en México (*Gris Tormenta*, 2019), veinte autores ensayan alrededor de Jorge Ibargüengoitia y las peculiaridades de nuestra vida contemporánea, ISBN: 978-607-97866-6-3.